

POR
JORGE DE LOS SANTOS,
artista y pensador



EL DRAMA DEL COLOR DEL TAPARRABOS

A FREUD HABÍA UN HECHO DE LA RELACIÓN ENTRE HUMANOS QUE LE FASCINABA PARTICULARMENTE: LOS SANGRIENTOS CONFLICTOS QUE SE PODÍAN ESTABLECER POR UNA MÍNIMA Y APARENTEMENTE BANAL DIFERENCIA, COMO EL COLOR DEL TAPARRABOS.

Los de una tribu llevan un taparrabos rojo y los de la otra, verde. Pues bien, en lugar de unificarse, de convivir en igualdad por lo que les une –el que ambas tribus se cubran y lo hagan con taparrabos–, el hecho de que unos los llevaran verdes y otros rojos hacía que a la primera de cambio se liarán a porrazos como si no hubiera un mañana. A esa sorprendente realidad la llamó el “narcisismo de las pequeñas diferencias”. En filosofía existe un concepto que se conoce con el nombre de sustancia, *ousia*, en griego. La sustancia es aquello que posibilita que algo sea lo que es y no otra cosa, de forma que cualquier atributo o particularidad diferencial de esa cosa (verde, varón, aquí o tibia) emerge de la sustancia que es siempre igual a sí misma, idéntica. Si a una cosa le varías la sustancia (suponiendo que seas en la consideración de la sustancia un dualista o un pluralista), ese algo deviene distinto, otra cosa. Los accidentes, esos atributos o particularidades que mencionábamos, no son por tanto sustanciales, no conforman la esencia (un término análogo pero no igual que el de sustancia), sino manifestaciones de esa sustancia que permanece inalterable. El narcisismo de las pequeñas diferencias es elevar a sustancia lo que en realidad es un mero accidente diferencial (el taparrabos verde) y además vanagloriarse por ello. Un xenófobo, un fundamentalista, un supremacista o en general cualquier fanático que además genera una situación de poder y dominio por su pequeña diferencia es un ejemplo de ese procedimiento.

ESE ERROR DE IDENTIFICACIÓN NO SOLO SE HA MANTENIDO SI NO QUE SE HA AGUDIZADO EN NUESTROS DÍAS y ahí posiblemente resida el que seamos una tediosa y agónica civilización siempre metida en la bronca por las más ridículas y banales cuestiones. Ridículas salvo que entendamos que las particularidades que me puedan diferenciar de mi vecino son en realidad sustancias ontológicas que fundamentan mi propio ser, es decir, que son mi identidad. Algo muy propio de quien no ha pasado de leer a Platón o está más vacío que una plaza de

Écija en agosto a las tres de la tarde. Un error subsecuente a esto es considerar que cuando creemos estar defendiendo la igualdad potenciando las diferencias lo que estamos es generando identidades fundamentadas en accidentes que además se elevan desde la presunta o real opresión de otra identidad al tabú (a lo que no se puede tocar ni cuestionar), con lo que estamos abocados al enfrentamiento más fratricida y gilipollas. La igualdad social de derechos y oportunidades, término sagrado y la mayor cima de nuestra civilización, parte (uno nunca se iguala consigo mismo) de que existan diferencias y accidentes; hombres, mujeres, transgéneros, cisgéneros y demás, ricos y pobres, metodistas y jainistas. Pero con demasiada frecuencia olvidamos que si hay identidades estas se forjan en la existencia y no en una esencia a priori y que la verdadera igualdad es que la diferencia ni siquiera sea vista como diferencia.

NO ES FÁCIL NO CAER EN ESA TRAMPA CUANDO HASTA NUESTRO PROPIO LENGUAJE NOS TRAICIONA. Si decimos en la presentación de alguien “Antonio es fontanero”, estamos haciendo sin querer de un atributo una sustancia. Si Antonio fuera (se diera esencialmente al ser) como fontanero porque esa particularidad diferencial la hacemos sustancial en él, no se le podría extirpar sin que al hacerlo dejara de ser Antonio, sin que perdiera su identidad. Pero si fuéramos capaces de intentar entender que si existe algo parecido a la identidad de uno (Antonio) esa es el conjunto de afectos y relaciones que en sus infinitas diferencias se generan y las que emergen con las diferencias entre los otros diferentes o si al menos, incapaces de evitar la tendencia, pudiéramos elevar lo sustancial a algo más universal (como ser humano) y menos particular (ser fontanero) evitaríamos el estar condenados a fascinar toda la vida a Freud. Y de paso a dejar de seguir descalabrándonos por el hecho de que unos llevemos taparrabos rojos y otros verdes en un mundo en el que los colores de los taparrabos se hacen cada vez más cualitativamente sustanciales y cuantitativamente alcanzan ya a los del arcoíris. □

“ El narcisismo de las pequeñas diferencias convierte en importante algo accidental, como el color de una prenda ”

